

tentrional del riachuelo Elpeo ó Enipeo, que era muy propio para la defensa, una nueva posicion fuerte que hacia enteramente imposibles para los romanos sus progresos hacia el Norte. Como en aquel mismo año ni la escuadra ni las tropas romanas que operaban contra la Iliria alcanzaron éxito alguno, y como á principios del año 168 el jóven príncipe Genthios de Scodra, hijo del príncipe ilirio Pleuratos, se pasó á Perseo, parecían cada vez mas favorables las probabilidades de éxito del rey. La situacion de este era tal, que muchas potencias de Oriente, especialmente los rodios y Eumenes II, no rechazaron ya las proposiciones que les hizo para que sirvieran de mediadores entre él y los romanos. Los rodios aceptaron gustosos esta idea, y el mismo Marcio, cuyo campamento habia sido visitado por una embajada que regresaba á Roma, habia dejado entrever su conformidad con estos planes.

Los rodios, que no sospecharon la desgracia que esta mediacion habia de traerles, creyeron que los romanos estaban ya cansados. Entre ellos preponderó entonces el partido que queria sustraerse á la supremacia romana, decidiéndose á principios del año 168 que se enviaria una embajada á Pella y otra á Roma, exhortando á los combatientes á que pusieran término á la lucha. Ignórase si esto se llevó á cabo por solo la decision de un partido y contra el parecer de aquellos que se oponian á la paz: lo cierto es que se enviaron las embajadas. Entre tanto, el Senado se habia convencido de que no podia seguir la direccion hasta entonces dada á la guerra, sin grave perjuicio del prestigio romano. Roma queria que la lucha con Macedonia terminara gloriosamente con una batalla decisiva. Para ello se nombró cónsul en 168 á uno de los mejores representantes de la antigua generacion de la nobleza, que se puso en seguida al frente del ejército acampado en el valle de Tempe. Era este Lucio Emilio Paulo, hijo del cónsul muerto en Canas: dotado de todas las cualidades de verdadero romano, amaestrado en las difíciles campañas de España y Liguria, sobrio, valiente, elocuente, desinteresado, cualidad que se iba haciendo tan poco comun, poseia á sus sesenta años toda la rudeza del soldado. Educado á la griega, amigo de las viejas familias de los Fabios, de los Escipiones, y de Caton, pertenecia á la antigua escuela que deseaba evitar que se extendieran de un modo desmedido las posesiones inmediatas de Roma. El Senado hizo preparativos extraordinarios para proporcionarle todos los medios de terminar la guerra. El ejército que operaba en Iliria fué aumentado hasta 30,000 infantes y 2,000 jinetes, con cuyas fuerzas pudo el pretor L. Anicio atacar rápida y felizmente la ciudad de Scodra y destruir así en treinta dias el débil poder de Genthios.

VII.—BATALLA DE PIDNA. DISGREGACION DE MACEDONIA. MAL COMPORTAMIENTO DE LOS EPIROTAS, AQUEOS, RODIOS Y PERGAMESES. ATENAS

No tan pronto se terminó la guerra contra Perseo. El ejército de Emilio habia sido aumentado hasta 50,000 infantes y 2,000 jinetes: el cónsul, que con sus dos majestuosos hijos llegó al campamento de Tempe y habia contestado á la embajada de los rodios que esperasen su respuesta por espacio de catorce dias, se vió desde luego obligado á restablecer con mano enérgica la disciplina entre sus tropas. Durante muchos dias simuló un ataque contra la línea de Perseo, enviando entre tanto á su comandante P. Escipion Násica con 5,000 hombres al paso de Pythion, en los montes Cambunienses, cuya fuerza, despues de vencer á un cuerpo de ejército macedónico, logró flanquear las posiciones del rey. Perseo, que maniobraba desde la inexpugnable posicion de Enipeo, retrocedió hacia el Noroeste en direccion á la forta-

leza de Pidna, hasta cuyas inmediaciones le persiguieron los romanos. Poco tardó en librarse la batalla decisiva. Al medio día del 22 de junio del año 168 comenzó, con un combate de las avanzadas, el imponente ataque. En un principio, el furor de las falanges que avanzaban, y que con espanto contemplaba el valeroso cónsul, fué irresistible, y las tropas romanas huyeron, no sin grandes pérdidas, á su campamento. Pero cuando la rapidez de la marcha y los accidentes del terreno rompieron la cohesion de las falanges, el prudente Emilio hizo maniobrar felizmente á los elefantes y arrojó en los claros que presentaban las filas griegas algunas de sus compañías, ordenando al mismo tiempo atacar por ambos flancos al enemigo. Pronto cesó el empuje de los macedonios, y como la caballería se mantuvo en las alas del ejército real, y el mismo Perseo, que no volvia en sí de su sorpresa, se entregó á una precipitada fuga, la infantería de línea de los macedonios, sobre la cual se arrojaron del lado del mar los soldados de marina romanos, quedó completamente destruida: 20,000 macedonios perecieron en la batalla; 11,000 fueron hechos prisioneros; y la ciudad de Pidna fué saqueada.

Esta batalla, que solo duró una hora, decidió la guerra y el porvenir de todo el mundo oriental hasta el Halis. El ejército macedónico estaba perdido. Perseo no encontró ya apoyo alguno: todos sus oficiales se entregaron á los romanos: esto y la energía con que Paulo Emilio defendió en todas partes á los macedonios contra los abusos y violencias de sus soldados, hizo que todas las ciudades de la comarca se apresuraran á abrir sus puertas á los romanos. Perseo que, tres dias despues de la batalla, llegó á Anfipolis con solos 500 cretenses, no pudo obtener tampoco en esta ciudad apoyo alguno y hubo de huir á la isla de Samotracia. El Senado habia acordado el destronamiento de la familia de los Antigónidas, de suerte que no quedó mas recurso al fugitivo rey, despues de haber fracasado su tentativa de reunirse con Cotis, que entregarse á la discrecion de los romanos, con todos los tesoros que habia podido salvar.

La gran cuestion de derecho público que debia resolverse acerca de la conquistada Macedonia, fué decidida en Roma de un modo egoista y funesto. Caton, emparentado con el vencedor de Pidna por haberse casado una hija de este con el hijo de aquel, Marco, consiguió contener al Senado, que queria fundar una gran provincia al Oeste del Adriático; pero no se quiso consentir en que hubiera allí ninguna monarquía. Caton y otros grandes romanos de aquella época sentian hacia los reyes el mismo odio republicano y el mismo rencoroso desprecio que tenian hacia sus señores los esclavos de los Estados esclavistas de la América del Norte y que tienen hoy mismo los republicanos radicales de Alemania ó de Francia. Resolvióse que el territorio macedónico fuera libertado, es decir, privado de reyes, y desmembrado; y para introducir en el pueblo macedónico, tan esencialmente monárquico, las ideas republicanas, la comision senatorial en 167 enviada á Anfipolis y presidida por el procónsul Emilio, procedió desde luego á la deportacion de todos los empleados de los Antigónidas, funcionarios de la corte, del Estado y del ejército de Perseo y de todos sus hijos adultos, á Italia, de donde no podian regresar á Macedonia bajo pena de la vida. La Macedonia libre se vió fraccionada en cuatro cantones, tres de los cuales tenian sus capitales en Anfipolis, Tesalónica y Pella, siendo la del cuarto (al Norte) Pelagonia, en donde debia reunirse el Senado de estas repúblicas. Aun cuando se respetaron las costumbres y las leyes de esta nacion, los cuatro Estados debian permanecer completamente aislados entre sí. Ninguna comunidad debia existir entre los súbditos de cada uno de ellos, y los ciudadanos de uno no

podian tener bienes raíces en el otro. Este funesto sistema fué causa de que esta innovacion fuera tan insostenible como mal aceptada. Los bienes señoriales y las regalías fueron arrebataados á los macedonios; cerráronse sus minas (á instancias de Caton, á fin de alejar de esta comarca á los capitalistas romanos), hasta que en el año 158 se abrieron de nuevo á la explotacion las de plata. El país fué desarmado, quedando solo algunas guarniciones en las fronteras, amenazadas constantemente por los bárbaros. La contribucion que hasta entonces se habia pagado al gobierno de Pella, dejó de existir; y la mitad de ella, importante 100 talentos para cada uno de los cuatro cantones, se pagó como tributo á Roma, y la otra mitad se convirtió, segun parece, en impuesto municipal. De igual manera dividieron los romanos el Estado de Scodra en tres pequeños cantones libres, mientras se concedian á la armada pirata de los ilirios las ciudades de la costa del Adriático, y dejaba de molestarse en lo demás al príncipe Cotis.

La temible dureza de los romanos, su desmesurada codicia y su cruel espíritu de venganza, tan funestos á los macedonios, lo fueron mas todavía para los miembros en general del mundo griego que habian tomado parte en la guerra, á excepcion de los atenienses. Los pueblos y príncipes de origen griego pronto hubieron de comprender la significacion que tenia el hecho de que el antiguo pueblo de héroes del Norte macedónico se viese reducido á la impotencia y convertido de nacion guerrera en un conjunto de simples agricultores, sin arma alguna; de que la patria de Filipo, de Alejandro, de los grandes Diadocos, de los orgullosos Antigónidas, se encontrase dividida en ridículas repúblicas; y de que entre el Adriático y el Halis no existiese ya lo único que podia infundir á los romanos cierto respeto hacia los Estados sus clientes. La política del Senado, despues de la destruccion de las falanges macedónicas, quiso subyugar en todos los cantones de la Grecia al partido nacional, que tanto podia molestarle, lo cual se llevó á cabo, en cuanto era posible, con la cooperacion de los infames que estaban imbuidos en los principios romanistas. El vencedor de Pidna, persona en extremo noble, hubo de apoyar, contra su voluntad, con sus fuerzas militares, una serie de abusos, cometidos en parte directamente por los romanos, y que él desaprobaba por completo. A las tribus rebeldes del Epiro les cupo la suerte mas terrible: el pretor Anicio, despues de vencer al caudillo de Scodra, habia sometido fácilmente á los sublevados caones y molosos, habiendo perecido en la lucha los jefes del partido nacional. Desde aquel momento, no solo pudo gobernar á su arbitrio el miserable Carope, sino que para castigar mas al partido nacional, para vengar la invasion que en anteriores tiempos habian verificado los epirotas, conducidos por Pirro, en Italia, y para satisfacer la insaciable codicia de los soldados itálicos, Paulo Emilio, por especial mandato del Senado, en su retirada de Oricon para regresar á Italia, se vió obligado, á fines del año 167, á saquear sistemática y completamente los setenta lugares epirotas que se habian sublevado contra Roma, y á destruir todas sus murallas. Además, 150,000 epirotas fueron vendidos como esclavos. Ante tamaña infamia, los políticos romanos, auxiliados por los oligarcas griegos, siguieron análogos procedimientos en otros muchos puntos de Grecia. Con disgusto y terror supo, en la primavera del año 167, el honrado Emilio, enemigo de la persecucion que en Grecia sufrían los partidarios de Perseo, que uno de los tenientes generales de los romanos habia prestado al cruel Licisco y á otros etolios adictos á Roma, tropas para asesinar, en una ciudad del país, á 550 etolios del partido contrario, desterrar á otros muchos y confiscar sus bienes. No era de esperar que la comision de los diez senadores que residia en Anfipolis castigara tamaña crueldad;

antes al contrario, siguiendo los procedimientos romanos, organizó una especie de inquisicion, y con auxilio de los griegos partidarios de Roma, hizo perseguir á todos aquellos griegos que estaban comprometidos por los documentos ocupados á Perseo ó que eran conocidos en sus cantones como enemigos de los romanos ó del partido romano. Estos fueron reducidos en masa á prision, deportados allende el mar Jónico y llevados á las ciudades itálicas, en donde debian permanecer, unos libres y otros encarcelados y tratados con inusitada dureza. Los romanos extremaron esta práctica funesta, cuyo objeto era el exterminio de los patriotas griegos y la debilitacion política de Grecia, y la extremaron precisamente en el punto en que menos justificable podia aparecer moralmente su conducta, es decir, en el Peloponeso. La liga aquea no se habia comprometido para nada contra Roma durante la guerra de Perseo, y solo habia manifestado sus simpatías por la causa macedónica, derribando el gobierno de Calícrates y de sus adeptos. Cuando, conducidos por este infame, se presentaron en 167 en el Peloponeso dos individuos de la comision senatorial, Cayo Claudio y Cneo Domicio, buscando una ocasion para aniquilar al partido nacional, uno de los romanos imbuidos por Calícrates, declaró sospechosos de alianza secreta con Perseo á todos los aqueos que durante la guerra habian desempeñado cargos públicos. Y como uno de los aqueos mas importantes, en esta acusacion comprendidos, declarara ante los romanos y ante la asamblea de la liga «que él se sentia exento de esta culpa y que estaba dispuesto á defender su conducta ante dicha asamblea y aun ante un tribunal romano,» los comisarios, aprovechándose de estas palabras, mandaron á Calícrates y á su auxiliar Andrónidas que señalaran los nombres de los mil que habian de ser conducidos á Italia para proceder, al parecer, á una informacion. Todos ellos pertenecian al partido nacional y democrático, siendo el mas importante Polibio, hijo del difunto Licortas, que habia nacido en Megalópolis entre 214 y 204, y habia desempeñado en 169 el cargo de hiparca. La prometida informacion no se llevó á cabo: á excepcion de Polibio, á quien despues encontraremos en Roma, el resto de los mil aqueos fueron tratados por el Senado, lo propio que los demás prisioneros, como si vinieran ya sentenciados desde su patria: en su consecuencia, fueron desterrados á las ciudades de Etruria, y se les advirtió que cualquier tentativa de fuga seria castigada con la muerte.

Los rodios debian pagar de otra manera la falta por ellos cometida al dudar de la superioridad de fuerzas de los romanos. Cuando en el año 168 sus emisarios llegaron á Roma para cumplir la intempestiva, altanera y amenazadora mision, se encontraron con que se les hacia un mal recibimiento, pues los romanos tenian desde Tempe noticia de sus pretensiones y la mayoría del Senado ignoraba las intrigas de Marcio. Allí tambien supieron la derrota que los macedonios habian sufrido en Pidna; y entonces, declarando extinguido su mandato, procuraron reconciliarse con los romanos, mostrándose humildes y felicitándose por la gran victoria conseguida. Nada, sin embargo, pudo salvarles, y comprendieron que su tardía mediacion debia ser tomada inevitablemente como insolencia y enemistad, y que, por tanto, habia tocado á su término el periodo de buena amistad de los rodios con los leones del Tíber, tanto mas cuanto que no se les ocultaba que el partido belicoso del Senado pedia se dirigiese una expedicion armada contra Rodas. Era, asimismo, indudable que este Estado griego perderia toda su importancia cuando cayese el partido comprometido que á la sazón se encontraba en el poder y que, á la menor indicacion de la embajada romana que se dirigia á Egipto, todos los ciudadanos rodios que fuesen acusados de adhesion á Perseo serian condenados á

muerte ó desterrados á Roma, si antes no se suicidaban ó no emprendían la fuga. La proposición que en el sangriento año 167 presentó el pretor M. Juvencio Talna, en la cual se pedía se declarase la guerra á Rodas, fué rechazada, á consecuencia de la enérgica oposición de Catón y de algunos tribunos de la plebe; pero, en cambio, el Senado procuró arruinar agrícolamente la isla en provecho de los comerciantes romanos. Rodas perdió no solo todos los distritos carios y licios que le habían correspondido del botín sirio, sino también sus antiguas posesiones de Caunos y Stratonicia. Además, los romanos declararon puerto libre la isla de Delos, consecuencia de lo cual fué que la pequeña república mercantil se vió privada de uno de sus mas importantes ingresos, los derechos del puerto; de suerte que á los cuatro años, se vieron reducidos á 150,000 dracmas, en vez de un millón que antes producían anualmente. La isla tuvo, pues, que darse por muy satisfecha cuando en 164 el Senado se dignó firmar con ella una alianza llamada *equitativa* que la encadenaba desde entonces á la política romana.

El mismo Eumenes II, antiguo amigo y favorito de los romanos, se vió tratado igualmente de un modo inicuo, después de la caída de Perseo. La momentánea vacilación que había tenido á fines del año 169, dió margen á los romanos para que le trataran con gran frialdad y le hicieran sufrir algunas humillaciones. Cuando en el año 167 entre otros embajadores y príncipes que iban á felicitar al Senado, se presentó en Roma, el hermano de Eumenes, Atalo, que había mandado las tropas auxiliares durante la guerra pergamesa, procuraron algunos romanos incitarle contra Eumenes; pero la fidelidad fraternal del príncipe, robustecida con los prudentes consejos de su médico Stratios, impidió que estallara una escisión en la familia y en el reino de los Atalidas. Cuando los gálatas y el infame Prusias II de Bitinia, cuya miserable humillación ante el Senado romano apenas puede igualar la de Masgaba, hijo de Masinisa, se vieron favorecidos por Roma en sus relaciones con Pérgamo; cuando el mismo Eumenes intentando reconciliarse con el Senado, emprendió durante el invierno de 167 á 166 un viaje á Italia, desembarcó en Brindis, y allí un cuéstor le mandó regresar á su patria, entonces conoció el prudente rey el verdadero estado de las cosas. Eumenes había hecho cuanto había podido en pro de Roma y había sido el primero en atacar á Perseo; la Nemesis se dirigía contra él; Macedonia estaba completamente aniquilada; el poder de los Atalidas era ya inútil para el Senado; no era necesario que su reino fuese tratado con consideración, ni convenía que su dinastía estuviera en la creencia de representar algo importante para los romanos. En su consecuencia, el antiguo aliado fué objeto del mismo tratamiento que se había usado para con Filipo, después de la caída de Antiocho III, tendiéndose una mano amiga á todos sus adversarios. La fría reserva y la prudencia del rey hicieron que no se alterara la paz hasta su muerte y que el reino pasara á su hermano Atalo II Filadelfo, quien por espacio de 21 años lo regentó á nombre de su sobrino menor de edad.

Solo un Estado del Oriente griego participó de los favores del Senado, Atenas, al cual concedieron en 166 los romanos los territorios de la destruida Haliartos y las islas de Delos y Lemnos. Para conmemorar este suceso y á ejemplo de lo que en 195 había hecho Esmirna, construyeron los atenienses en su ciudad un templo á la *Dea Roma*, es decir, á la divinización de la capital romana. Uno de sus conciudadanos, el pintor Metrodoro, había sido llamado poco antes á Roma para pintar los cuadros é imágenes que habían de figurar en la entrada triunfal de Paulo Emilio. Esta fiesta que se celebró á fines del año 167 y que duró tres días, fué

la mas suntuosa y brillante que hasta entonces había presenciado el pueblo romano. La principal curiosidad de este espectáculo fué Perseo, el cual, desde que había sido hecho prisionero, había perdido su antiguo valor y dignidad, y no había tenido suficiente ánimo para evitar aquella humillación con una muerte voluntaria, á la manera de los antiguos. Todavía vivió en la mayor indolencia durante algunos años como prisionero de Estado en Alba, cerca del lago Celano, donde después arrastró humilde existencia uno de sus hijos, escribano de la ciudad.

VIII.—SITUACION DE LOS MACEDONIOS Y DE LOS HELENOS

Con la caída de los Antigonidas se había completado la supremacía universal del Estado romano; y no trascurrieron muchos decenios, sin que todos los Estados del mundo antiguo, con los cuales Roma había estado hasta entonces en guerra, á excepción de Siria y Numidia, pasaran á ser miembros inmediatos del reino itálico; consecuencia, por un lado, de la debilidad del estado de cosas que la política romana había fundado en las comarcas del Este del Adriático, y, por otro, de la afición á las conquistas y la codicia de la nobleza romana, así administrativa como económica, que cada día hacían mayores progresos en Roma. Los políticos romanos previsores de aquella época, viendo con tristeza aproximarse el día en que el poder romano se extendería inmediatamente hasta el mar Egeo, y hasta las fuentes del Estrimón y del Axio; y pareciéndoles funesto un porvenir, en que las legiones romanas tuvieran que vigilar el Norte macedónico y entrar en colosales luchas con las salvajes tribus que habitaban entre los Balkanes y el Danubio, y en que no podría ya contenerse en el Asia la codicia de los funcionarios, oficiales y capitalistas, procuraron adoptar en todas partes un sistema que nominalmente reconociese la libertad é independencia de los Estados clientes, y que hiciese posible, por medio de comisiones senatoriales, hacer, sin obstáculo alguno, real y positiva la soberanía romana, y poner término á los incesantes odios y constantes disidencias locales.

En tan extraordinarias circunstancias, no fué de extrañar que las cosas tomaran un rumbo que había de conducir, á mediados del siglo, á una guerra general en todos los pueblos que habitaban entre el Océano y el mar Egeo. Los macedonios eran los que habían sido peor tratados, pues se veían obligados á llevar una vida puramente agrícola y á moverse, no sin grandes dificultades, dentro del órden de *libertad* que les había sido impuesto. Las cuatro repúblicas macedónicas, por su pobreza y por el embrutecimiento en que se vió sumido su pueblo, no pudieron gozar de tranquilidad alguna. Las sangrientas discordias civiles no cesaban ni un punto; las tentativas de arreglo que hacían los romanos no obtenían éxito, y, á mediados del siglo, el pueblo del antiguo reino de los Antigonidas se hallaba completamente dispuesto á sublevarse contra los romanos.

Los demás Estados helénicos, á excepción de Atenas, se encontraban en situación muy parecida, de tal manera que les era imposible resignarse á su triste suerte. En ellos manaban sangre todavía las heridas que el leon romano les había inferido, y durante muchos años les aterró la presión de algunos gobernantes, ó de una rigurosa y vengativa oligarquía. En el Epiro, que tan cruelmente aniquilado se encontraba, el miserable Carope, auxiliado por sus infames partidarios y por su abyecta madre, había introducido un régimen terrorífico. Los asesinatos, las sentencias de muerte y las confiscaciones eran cosa ordinaria en este país. De un modo análogo llenaban de horrores Ehremes la Acar-

na, Licisco la Etolia y Mnasippo la Beocia; solo que estos hechos en las altas comarcas del Copais y de Etolia se desenvolvían en la forma de sangrienta anarquía y de mortales luchas intestinas. Entre los aqueos, cuyo partido adicto á Roma no mostraba las sanguinarias tendencias de los etolios y de los epirotas, el carácter del pueblo, desde que habían sido conducidos á Italia los mil patricios, se corrompió rápidamente, como acontece por regla general donde los sentimientos y las aptitudes de un pueblo maltratado se convierten en odio tan apasionado como impotente. El odio á muerte á los romanos y al partido á ellos adicto, constituía entonces el principio vital del pueblo aqueo, tanto mas cuanto que el Senado no se mostraba en manera alguna dispuesto á acceder á las peticiones de los aqueos, que solicitaron repetidas veces ó que se procediera á una información sobre la causa de los confinados, ó que se les restituyera á su patria. La indignación de los aqueos subió de punto cuando en el año 163 y, á petición de los habitantes etolios de Pleuron, se separó á esta ciudad de la liga aquea.

Poco á poco pareció que llegaban para los griegos días mejores ó, por lo menos, mas tranquilos: en el año 157 murieron uno tras otro Carope, Licisco, Ehremes y Mnasippo. En la confederación aquea dominaba cada vez mas una especie de funesta apatía, y esto hacia que en Roma aumentara gradualmente el número de senadores que, en vista de las repetidas instancias de los aqueos, no se oponían ya á que fueran puestos en libertad los confinados. Cuando el número de estos, por la nostalgia, la desesperación, el suicidio y la ejecución de algunos que habían intentado evadirse, quedó reducido á 300, la influencia que la familia de los Emilianos ejercía en Catón, hizo que éste se pronunciasse con su poderoso voto en pro de la libertad de tantos infelices; y cuando, á fines del año 151 ó á principios del 150, se presentó en Roma una nueva embajada aquea, puso fin á los largos debates del Senado, en favor de los griegos, la excelente observación del anciano censor: «Accedemos á su petición, ya que no podemos hacer cosa mejor; que no hemos de estar disputando todo el día para saber si un par de ancianos griegos, han de ser enterrados en nuestros cementerios ó en los de los aqueos.» Cuando Polibio, poco después, quiso pedir al Senado que se les diera á él y á sus compañeros de infortunio una garantía formal de libertad y que se les restituyeran los honores y categoría de que diez y siete años antes gozaban en el Peloponeso, para lo cual se había puesto de acuerdo con Catón, se le despidió con el siguiente sarcasmo: «Tu te conduces como se hubiera conducido Ulises, si hubiera penetrado por segunda vez en la cueva de Polifemo para pedir al ciclope el casco y el cinturón que en ella había dejado.»

De esta manera pudieron el resto de los confinados regresar á su patria en el año 150. Pronto hemos de ver cómo esta tardía benignidad del Senado fué funesta y sirvió de pretexto, contra lo que esperaban los romanos, para que los griegos organizaran un último levantamiento contra Roma.

IX.—GUERRA EN ESPAÑA. HECHOS SANGRIENTOS DE LÚCULO Y GALBA

Las importantes sublevaciones en Macedonia y Grecia estallaron cuando las legiones del Senado se encontraban en España y en Africa ocupadas en luchas trabajosas y difíciles. En la península pirenaica hacia tiempo que la guerra había perdido gran parte de su importancia; pero, desde el año 154, ocurrieron algunos combates que oscurecieron el nombre y el honor de las armas romanas. El caudillo lusitano Punico invadió inopinadamente el territorio de las provincias romanas, causando inmensas pérdidas á las tropas: á consecuen-

cia de estas victorias, la tribu de los vetones, afín á los lusitanos, que habitaba en las llanuras que se extienden entre el Duero central y el Tajo, ocupando lo que hoy es parte de Extremadura y parte de Salamanca, se unió á él, llevando todos juntos sus correrías hasta la costa de Nueva Cartago. Otro caudillo lusitano, Cesaro, en 153, consiguió derrotar en la orilla derecha del Tajo á Lucio Mummio, gobernador de la provincia Ulterior, causándole 9,000 bajas, y entonces se propagó la guerra á toda la península. Los lusitanos invadieron todas las provincias meridionales, y se acercaron hasta el Africa, sublevando á una parte de los celtiberos.

Dos pequeñas tribus, la de los beles y la de los titeos, que habitaban en las fuentes del Tajo y en las del Júcar, quisieron establecerse en una de sus ciudades llamada Segeda, cosa que los romanos, interpretando estrictamente el tratado de Sempronio, les había ya prohibido en el año 154, fundándose en que aquella convención no permitía se fundara arbitrariamente ciudad alguna. Los hispanos no cesaron en su empeño, porque no se trataba de fundar ciudad alguna, sino de ensanchar una ya existente; pero cuando se dirigió contra ellos Q. Fulvio Nobilior, elegido cónsul para el año 153, con 30,000 hombres y 10 elefantes, rindiéronse la mayoría de los segedanos. Algunos, sin embargo, huyeron á juntarse con sus poderosos vecinos, los arevacos, que vivían en el territorio del alto Duero y poseían plazas importantes como Seguncia (hoy Sigüenza), Segovia, Clunia (al Este de la comarca de Valladolid), Uxama (hoy Osma) y Térmes ó Termancia (hoy Nuestra Señora de Térmes), é indujeron á este pueblo, en un principio excitado por los resultados conseguidos por los lusitanos, á que se levantara contra Fulvio Nobilior. Su jefe, Caro, consiguió en 23 de agosto del año 153 derrotar completamente al cónsul, causando en sus tropas 6,000 bajas. Pero en vista de que los jefes hispanos también habían sucumbido, y de que los romanos recibían importantes refuerzos, los batallones hispanos se refugiaron en la fuerte ciudad de Numancia, en el territorio de los pelendones, que se levantaba á 1,100 metros de altura junto á las fuentes del Duero. El sitio que ocupaba se cree que era el llamado Garray, á una legua española de Soria. Ante los muros de aquella ciudad sufrió Nobilior una espantosa derrota, motivada en parte por el furor que se apoderó de sus elefantes; y á esta derrota siguieron otros muchos desastres hasta el punto de perder los romanos la fortaleza de Ocilis, en donde tenían su caja y sus provisiones. En medio de esta desgracia fué una suerte que en la España Ulterior el pretor Mummio consiguiera sojuzgar á los lusitanos. El cónsul del año 152, el experto Marco Claudio Marcelo, que reforzó con 8,000 hombres el ejército de Nobilior, desmoralizado y diezmado por la peste, supo, con su talento como general y el buen tacto con que trató á los hispanos, dar á la guerra un giro favorable. Mientras L. Licinio Lúculo, sediento de gloria y de botín, contra la voluntad de los romanos ponía gran empeño en reunir, para atacar á los españoles, el ejército que él, como cónsul del siguiente año, debía conducir al Duero, firmó Marcelo, á pesar de todos los obstáculos que desde Roma se le opusieron, una paz con Numancia, en virtud de la cual los arevacos, beles y titeos debían pagar una contribución de guerra y entregar algunos rehenes. Después de esto, fácil le fué restablecer el órden en las provincias meridionales.

Cuando Lúculo se presentó, en 151, en España y encontró, con gran sentimiento suyo, firmada la paz, arrojóse bajo un frívolo pretexto sobre los descuidados vacceos, que habitaban el territorio de Palantia (hoy Palencia) al Oeste de los arevacos y al Norte de los vetones. Aun cuando los vacceos entregaron á Lúculo, sin oponer resistencia alguna, cuanto de ellos exigía, el cruel caudillo ordenó á su ejército, en